

# Megan Maxwell

**¿Y a ti qué te pica?**



# *¿Y a ti qué te pica?*

Megan Maxwell

## Capítulo 1

*Andy*

*Los Ángeles, California*

Salto de la cama y me tiro al suelo mientras me cubro la cabeza con las dos manos. Instantes después me despierto sobresaltada, acelerada y sudando. ¡Joderrrrrr, otra vez!

Estoy temblando, como siempre que me pasa esto, no puedo parar de hacerlo durante un rato a causa de lo que acabo de soñar. Miro mis manos y observo su tembleque sin poder evitarlo. Pasados unos minutos en los que respiro e inspiro como me indicó el médico, miro a mi alrededor y soy consciente de dónde estoy. Es el apartamento que mis padres tienen en Los Ángeles, no el mercado de Wahailat de Sadr City, en Bagdad.

¿Se cerrará algún día esa herida?

Me levanto del suelo y, consciente de que el temblor ha cesado, voy directa a beber agua. Me muero de sed.

Mientras lo hago miro mi teléfono móvil. Tengo un mensaje de Carla, la mujer de mi compañero Ramírez. Me da las gracias una vez más y me repite que está ahí para lo que necesite.

Sonrío. Sé que lo dice de corazón. Ramírez, su marido, le contó lo sucedido en el océano Índico, cuando fuimos con nuestro escuadrón a apoyar un rescate para recuperar uno de nuestros barcos.

Aquel día hice mi trabajo, como lo hizo Ramírez. Pero al ver que la vida de mi amigo y compañero estaba en peligro, y que o hacía algo rápido o aquello terminaría en tragedia, no lo pensé dos veces. Y, tras ordenar a mi escuadrón que regresara al portaavio-

nes, desobedeciendo las órdenes recibidas por radio, me acerqué más de lo que debía al caza ruso y eso provocó que los chorros de propulsión se cruzaran.

Mi acción hizo que los dos aviones, el ruso y el mío, entraran en barrena y perdieran la trayectoria y el control. Como pude, vi que Ramírez estaba bien. Le había quitado al ruso de encima. Pero por radio lo oía gritarme que saliera del caza «¡ya!, ¡ya!, ¡ya! ¡Eyeción!».

En todo momento supe que debía hacerlo. Era lo que tocaba. Después vendrían las explicaciones, las broncas, las investigaciones y las amonestaciones. Y, sin dar mi brazo a torcer, intenté hacerme con el control de mi caza; de mi *Lobo*, pues así era como lo llamaba, ya que llevábamos juntos diez años. Él era mi amor, mi F-35. Sin embargo, al ver que me resultaba imposible hacerme con él, con todo el dolor de mi corazón pulsé el botón de eyectar y salí disparada antes de que mi *Lobo* se estrellara.

Por suerte no me hice nada grave, a excepción de algunas contusiones por el golpe que recibí al caer en el océano. Poco después fui localizada por un helicóptero de rescate que me llevó al portaaviones, donde me esperaba una buena.

Cuando bajé del helicóptero mi escuadrón vino a abrazarme. Todos estaban felices de que estuviera viva; el que más, Ramírez, que rompió a llorar mientras me abrazaba. Yo también lloré. Solo nosotros entendemos ese abrazo, ese sentimiento, y por qué hice lo que hice. Es más, sin necesidad de hablarlo sé que él habría hecho lo mismo por mí.

No obstante, y a pesar de que me escucharon, mis superiores no aceptaron mi decisión. Había desobedecido órdenes y eso había conllevado perder un caza de incalculable valor económico, por lo que me suspendieron durante dos meses y estuve pendiente de investigación y valoración. Lo que había hecho era una locura. Una osadía. Un error. Aun así, yo volvería a hacerlo. Era eso o que Ramírez muriera, y esto último nunca lo habría permitido.

Después de esos dos meses, tras la investigación pertinente, un consejo militar valoró mis actos y se pudo comprobar que fue el caza ruso quien la cagó al armar inicialmente sus misiles contra el avión de Ramírez. Mi hoja de servicio era buena, a excep-

ción de alguna que otra amonestación. Se reunieron conmigo infinidad de mandos. Algunos me alababan por mi empuje y valor; otros no. En esas reuniones me informaron de que, tras diez años pilotando un caza de guerra y habiendo recibido varias condecoraciones al valor, podía seguir en mi cargo u optar a un puesto de instructor en la base aérea de Los Ángeles. La noticia me desconcertó. Ser instructora era algo que me atraía, pero siempre había estado metida en misiones. ¿Podría vivir sin la adrenalina a la que estaba acostumbrada?

Decidí pedirme otros dos meses por asuntos propios para pensarlo, y el ejército me los concedió. Nunca antes había pedido permisos. Nunca había querido tomarme vacaciones porque no las había necesitado.

Y aquí estoy ahora, intentando aclararme las ideas y decidir mi futuro.

Una vez que regreso a la habitación y enciendo la luz de la mesilla, me retiro el sudor de la frente con la mano y, sin poder remediarlo, resoplo y, tocando las chapas identificativas que cuelgan de mi cuello, murmuro:

—Todo está bien... ¡Joder! Todo está bien.

Me siento en la cama y busco unas imágenes en mi teléfono móvil.

Mirar fotos me relaja. Me encanta ver a mi madre, Rosario, una española maravillosa que lo dejó todo por amor; a mi padre, el admirante norteamericano James Madoc, y a mis tres hermanos: Leo, Daniel y Max.

Mis padres se conocieron una vez que a él lo destinaron a la base naval de Rota, en Cádiz, donde ambos se vieron implicados en un tonto accidente de tráfico —en circunstancias propiciadas por mi padre, todo hay que decirlo—, cuando ella, madrileña de nacimiento, estaba con unas amigas pasando el fin de semana allí.

Según mi padre, ese día el destino la había puesto frente a él tres veces. Y si el destino había hecho eso ¡era porque tenían que encontrarse sí o sí! Por ello quitó a propósito el freno de mano de su vehículo, que estaba aparcado, para darle un toquecito por detrás al coche que conducía mi madre. ¡Menudo es mi padre cuando quiere algo!

En definitiva, que se conocieron, hubo flechazo, y cuando mi padre tuvo que regresar a Estados Unidos, tras cinco meses de viajes entre Madrid y Rota para verse, se casaron y se trasladaron a la base naval de San Diego, en California. Según ellos, los flechazos existen. Pero yo pienso: «¿Qué es un flechazo?».

En la imagen que estoy mirando, en la que salimos la familia al completo, papá y yo llevamos nuestros uniformes militares, puesto que la foto fue tomada el día que me dieron mis alas de oro y ya pude comandar yo sola mi ansiado F-35. ¡Mi *Lobo*!

Ni que decir tiene que mi familia no cabía en sí de orgullo, pues sabían de primera mano lo que me había tenido que esforzar, que sacrificar, y lo mucho que había aguantado por el hecho de ser mujer, tener tetas y querer ser aviadora naval.

Pero si había alguien que estaba orgullosa ese día, sin duda era mi madre, a pesar de todos los impedimentos que en un principio me había puesto. Que su única hija, una mujer, hubiera superado pruebas y estudios complicados compitiendo con hombres, a cuál más machirulo, y hubiera salido victoriosa era muy especial para ella. Mucho.

La familia española de mi madre no tiene relación alguna con el ejército. Mis abuelos estuvieron siempre a cargo de la pastelería La Golosa, un establecimiento de renombre en la calle Serrano de Madrid. La pastelería hizo que mis abuelos pudieran criar a sus dos hijas enseñándoles un oficio, y, tras fallecer ellos, en la actualidad es mi tía Elena quien la regenta, junto con mis primos Rosa y Jaime.

A pesar de que yo me críe en la base militar de San Diego, desde niña, gracias a mis padres, que compraron una enorme casa a las afueras de Madrid, concretamente en un precioso pueblecito llamado Boadilla del Monte, todos los años de mi vida hemos viajado a España para pasar las vacaciones de verano junto a nuestra familia española. ¡Qué bonitos veranos recuerdo en Madrid a pesar del tremendo calor que hace allí!

Motos. Amigos. Piscina. Días calurosos. Fiestas nocturnas. Rollitos de verano. Sangría. Mosquitos. Música. El canto de los grillos. Campo. Todo, absolutamente todo hacía de los veranos en España algo único y muy especial.

En cuanto a la familia de mi padre, oriunda de Oregón, se pue-

de decir que tiene un fuerte arraigo castrense. Mi bisabuelo, Leroy Madoc, fue militar. A él lo siguieron mi abuelo, Tom Madoc, general de división del ejército norteamericano, y su hermano Elvis, comandante. La diferencia entre mi abuelo y su hermano Elvis fue que este último tuvo un lío con una actriz de la época que resultó ser una espía rusa que lo utilizó para sacarle información naval. Por consiguiente, Elvis fue expulsado del ejército y, desesperado, el hombre se suicidó. Aun así mi padre siguió con la tradición y se convirtió en almirante, y mi tío Cristian, en coronel.

Los Madoc llevamos defendiendo nuestro apellido desde la muerte de Elvis. El ejército parece no olvidar el daño que supuestamente causó en la familia, y la tirria que mi padre le tiene a la industria del cine es colosal. Le tiene tanta manía que ni películas ve. ¡Odia el cine!

Cuando mis hermanos crecieron, para horror de mi padre y felicidad de mi madre, no sintieron la llamada del ejército. ¡Qué disgusto para papá! Aunque, bueno, en compensación, mis primos Oliver y John ingresaron en los SEAL.

Daniel se decidió por ser abogado, Leo quiso ser mecánico de coches y Max, especialista de cine y doble de riesgo, cosa que a mi padre le escandalizó.

¿Cómo su hijo, con la tirria que él le tenía al cine, podía elegir pertenecer a ese mundillo en vez de ser militar?

En definitiva, solo quedaba yo. Y aunque mamá hizo todo lo posible para que no sintiera la llamada del ejército, sus esfuerzos fueron en vano. Yo lo tenía muy claro: quería ser militar como mi padre.

Rodeada de chicos desde pequeña, y, como decía mi primo Oliver, si había que perderle el miedo a algo, que fuera al miedo, aprendí a defenderme no solo a puñetazos, sino también con palabras. ¡Qué malhablada soy cuando me pongo en plan chico! La de veces que mi madre me ha castigado por llamar «capullos» a mis hermanos. Y cosas peores... Sin embargo, hoy por hoy hasta ella misma se mete con ellos, aunque con mi padre es un corderito manso.

Criarme entre tanto chico me hizo ser competitiva y que mi lado femenino quedara adormecido. «Tú no puedes», «Las chicas

tienen miedo», «Las chicas no son capaces» y otras cosas parecidas provocaron que mi parte masculina saliera a flote y, perdiéndole el miedo a todo, aprendí a practicar cosas como el *motocross* y el *full contact*, por ejemplo. Todo lo que hicieran mis hermanos ¡me propuse mejorarlo yo! Incluso, para horror de mi padre, asistí a clases de doble de riesgo como Max, aunque mi vocación la tenía clara: yo quería ser militar.

Pasé de ser Andrea, la niña de la casa, a convertirme en Andy, el terremoto de la familia. Donde estuviera montar en moto, saltar una valla o practicar *full contact*, que se quitara jugar con muñequitas o mirarme al espejo como le encantaba hacer a mi amiga Hattie.

Yo era un fiel reflejo de mis hermanos y mis primos. Nunca me dejé pisotear. Y cuando jugaba con ellos aprendí que o era igual de osada, tosca y bruta, o siempre perdería, por lo que simplemente me convertí en un chico más, y los vestiditos y los lazos nunca fueron lo mío.

A diferencia de otras niñas, que adoraban a sus muñecas, soñaban con ser princesas y ser rescatadas por su príncipe azul, yo anhelaba ser quien rescatara al príncipe en cuestión.

Cambié un poco cuando entré en el instituto y Tom Mendes, el *quarterback* más increíble de mi escuela, se fijó en mí. A diferencia de lo que había ocurrido en otros cursos, el chico guapo por el que todas suspiraban no se había fijado en la muchacha más popular del momento, sino que reparó en la chica de la moto, en la chica diferente que practicaba *full contact*.

De pronto, y como un volcán en erupción, mi sexualidad despertó, igual que todos mis instintos de mujer, y por un tiempo, y siempre junto a mi amiga Hattie, solo pensé en ese chico de bonita sonrisa que me volvía loca y que era pura adrenalina para mí. ¿Por qué no disfrutarlo?

Tom me hizo conocer el romanticismo y, oye, ¡me gustó! ¡Qué enamoradita me tenía!

Sin embargo, a mis hermanos y mis primos nunca les cayó bien. Decían que estar con él me volvía blanda. ¿Qué hacía peinándome y mirándome al espejo sin parar? A Hattie, en cambio, le encantaba Tom.



Un día, como las peores porteras, los capullos de mis hermanos se lo contaron a mi padre. Al enterarse, papá me hizo un tercer grado, y la primera vez que Tom pasó por casa a recogerme solo le faltó ponerse el uniforme con todos sus galones y salir con la escopeta en la mano. Pobre Tom..., qué susto se llevó al verse rodeado por papá y mis intimidantes hermanos.

Menos mal que ese día mamá me ayudó y Tom salió ileso. Mamá, que es la gran romántica de la familia, al ver que su hija por fin se miraba al espejo y se había fijado en un chico, simplemente disfrutó de ello. Y, bueno, sé, porque me lo contó Hattie, que incluso fantaseó con organizarme una preciosa boda con azahar y violines.

Durante años, nuestra relación continuó con altibajos y derrapes emocionales. Tom, a su modo, intentaba cambiarme. Odiaba la rudeza con que nos tratábamos mis hermanos y yo. Según él, era indecoroso que una mujer hablara y se comportara de esa forma; según yo, aquello entre nosotros era lo normal, porque se trataba de la ley de la supervivencia.

Pero, claro, su padre era vendedor de coches y su madre un ama de casa de esas que hacen croquetas y pasteles los fines de semana, y la mujercita que él deseaba en su vida no tenía nada que ver conmigo. ¿Por qué no podía ser yo como mi amiga Hattie, que salía con Alfred y cuyo objetivo era casarse y tener hijos?

¿Por qué tenía que gustarme el *motocross*, el rugby o el fútbol?

Cuando me saqué el curso de doble de riesgo para el cine con mi hermano Max, Tom se burló de mí. ¿Cómo podía ser tan poco femenina? Reconozco que oírlo decir eso me dio mucha rabia, e incluso Hattie me sugirió que le pateara el culo. ¿Por qué mi novio se reía de mí? ¿Acaso no veía que yo estaba feliz por haber obtenido el título?

Fueron muchas las veces que soporté sus mofas y, en cierto modo, sus descalificaciones ante los amigos que teníamos en común. Lo soporté porque lo quería. Porque era mi novio y yo la tonta corderita romántica que seguía enamorada de él. Y, bueno, todo empeoró cuando se enteró de que me iba con mi primo Oliver a hacer puénting y caída libre la madrugada de los domingos y posteriormente decidí ingresar en la academia militar. Mi querido

Tom no lo aceptó. Él deseaba ser el macho alfa, y conmigo le era imposible.

Mi ingreso en la academia dinamitó nuestra relación. Según Tom, que una mujer sirviera en el ejército era antinatural. Según yo, que una mujer sirviera en el ejército era algo de lo más natural. ¿Acaso somos menos que los hombres?

Al final, después de que él me hiciera decidir entre él o el ejército, me desenamoré, volví a tomar las riendas de mi vida y elegí el ejército. Sin excesivos dramas, cada uno siguió su camino y, oye, ¡tan felices!

Pero ¿quién se creía que era para decidir mi futuro?

¡A la mierda el romanticismo!

¿Quién era él para cortarme las alas simplemente por ser mujer?

Miro ahora una foto en la que estoy con mi amiga Hattie, no tenemos más de cinco añitos. ¡Qué monas!

Por suerte, mi gran amiga siempre ha estado conmigo. Hattie es afroamericana. Ella y yo tenemos personalidades diferentes, a pesar de habernos criado en la base militar, y nos adoramos, porque con solo mirarnos nos entendemos. Ella es la hermana que nunca tuve, y sé que yo para ella también lo soy, aunque su color preferido sea el rosa y el mío el negro. Una tarde ideal para Hattie es estar en un salón de belleza haciéndose las uñas; la mía es haciendo puénting. Sin duda ser tan diferentes en todos los aspectos nos ha unido y, la verdad, nos complementamos muy bien.

En cuanto retomé las riendas de mi vida y, para disgusto de mamá, Tom pasó a formar parte del pasado, cada vez que hablaba de pilotar un caza de guerra mis hermanos y mis primos se reían de mí sin darse cuenta de que, al haberme criado con ellos, me habían hecho dura, competitiva e implacable. Crecer rodeada de cinco chicos había sido una buena escuela para mí, y con ellos a mi lado me había graduado *cum laude* en perseverancia, cabezonería y testarudez.

Quise demostrarles a todos que tenía un par de ovarios bien grandes, que meaba más lejos que ellos, y a mi padre en concreto que yo, siendo la niña entre tanto chico, era tan buena desde un punto de vista militar como él; así pues, a la edad de veintisiete

años me convertí en la teniente Andrea Madoc, piloto de aviones de guerra y primera mujer de mi familia en pertenecer al ejército.

¡Qué orgulloso se sintió mi padre! ¡Y, joder, lo bien que me sentí yo!

Pasó el tiempo y mis hermanos se casaron con Desirée y Bianca respectivamente. Daniel se marchó a vivir a Nueva York y Leo a Memphis, y con el tiempo, para alegría de todos, llegaron a la familia mis sobrinos: Olivia y Kenneth por parte de Leo y Desirée, y Seth y Aiden por parte de Daniel y Bianca, aunque estos se divorciaron a los dos años del nacimiento de los mellizos.

El disgusto que el divorcio de Daniel les causó a mis padres fue tremendo. Sobre todo a mi padre, al que el divorcio le parece un horror, y es que es un poco antigüito el hombre. Mi hermano, en cambio, es otro cantar. Con reparar coches y saber que sus niños están bien tiene más que suficiente, algo que mis padres siempre le reprochan. ¿Por qué no se preocupa más de sus hijos?

A raíz del divorcio de Daniel, Leo y Desirée pasaron a ser la pareja perfecta. Se llevan bien. Viven genial. Los niños son estudiosos. Ella es una buena esposa y una madre estupenda... En fin, que a veces tanta perfección da hasta asquito.

Y, bueno, mi madre no para de lanzarnos pullitas a Max y a mí porque ambos estamos solteros. Mi padre, en cambio, no dice nada. A Max, por sus problemas, lo deja como un caso perdido, y a mí, que soy la única hija que pertenece al ejército, como él, solo me dice que me centre en ascender y me olvide de amoríos.

Luego está el *Coronel Truman*, un gato que mi madre se encontró una noche que helaba al salir a tirar la basura. Lo metió en casa y ya no salió de ella. Ni que decir tiene que se cree el dueño de la casa y casi tenemos que rendirle pleitesía por vivir en ella. Todo es de él. Todo. Principalmente el sofá.

Con el paso de los años Hattie se casó con Alfred, su novio desde el instituto, en una preciosa ceremonia donde la *jodía* me vistió de rosa para que fuera su dama de honor principal. ¡Casi la mato! Pero era su boda, ¡¿cómo iba a decirle que no?!

En cuanto a mi hermano Max, este lo pasó fatal tras un desengaño amoroso por culpa de una maldita actriz. Y lo peor de todo fue que la prensa del corazón ridiculizó a toda la familia al hacer

público el pasado de nuestro antecesor, Elvis Madoc. A causa del disgusto Max se enganchó peligrosamente a la cocaína, algo de lo que entra y sale, aunque hace un tiempo que lo veo muy bien. Eso sí, pobrecita mi madre. ¡Cuánto sufre por ese capullo!

Ni que decir tiene que mi padre, tras ese nuevo encontronazo con la meca del cine, redobló su odio por ese mundo. Y si antes no soportaba el cine, ahora ¡lo requeteodia!

A mi hermano Max le encanta el riesgo, y en alguna ocasión el peligro que entraña su trabajo como especialista ha estado a punto de costarle la vida.

¡Joder! Pero si el muy capullo se arriesga más que yo, que piloto un caza de guerra.

Todos sabemos que lleva una vida algo caótica. ¡El tío vive en una caravana aun teniendo dinero para un apartamento! Por eso y mil cosas más, papá y él chocan. Cuando eso ocurre todos intentamos mediar entre ellos, pero es difícil. Y es que mi padre, *el Almirante*, es complicadito...

Con el tiempo Max se empeñó en abrir su propia empresa de especialistas de cine —¡vivimos en Los Ángeles!—, algo que por supuesto horrorizó a mi padre. La empresa, aunque chiquitita, marcha bien a pesar de los malos tiempos que corren para la industria, y los trabajos que Max hace como especialista lo llenan mucho.

Recuerdo que para la película *Maverick*, la del sexy y estupendo Tom Cruise, mi hermano puso al director en contacto conmigo. Querían grabarme para algunas escenas del filme. Deseaban realidad trepidante y llena de adrenalina, y me encantó participar pilotando mi caza, previo consentimiento del ejército, por supuesto. Por cierto, Tom Cruise me pareció encantador. Siempre lo había supuesto, pero, tras trabajar con él, lo considero un diez.

Por mi parte, proseguí con mi vida como teniente de escuadrón, solterita, vacilona y sin compromiso, para regocijo de mi padre y penita de mi madre, que vivió el nacimiento de los hijos de Hattie como si fueran sus propios nietos.

Sé que es un orgullo para mi padre que yo sea la única de sus hijos que siga su estela militar, pero a veces supone un agobio para mí, pues siento que ante cualquier error puedo decepcionarlo. Me gusta mi oficio, lo adoro, pero en ocasiones, cuando él se pone en

plan almirante conmigo y olvida que soy su hija, me incomoda. A veces me exige tanto que me resulta agobiante, algo que intuyo que sabe pero no puede remediar. La pasión por el ejército corre por sus venas y desea que eso también me ocurra a mí. Y, vale, soy hija de mi padre, pero no siento que el ejército sea mi vida, aunque sí volar. Eso sí.

Al ser de Los Ángeles, lugar que es considerado la meca del cine, mis compañeros de escuadrón empezaron a apodarme *Hollywood*. El día que mi padre se enteró, literalmente vi que le salía humo de las orejas, pero sabía que su opinión no iba a cambiar nada, por lo que guardó silencio y por una vez no se metió en algo relacionado conmigo y mis compañeros.

Mi trabajo me tiene tan abstraída que, por no tener, no tengo ni casa, ni perro, ni plantas, ni nada que me pueda atar. Bueno, sí, mi moto: el *Bicho*, que me compré hace años haciendo un gran esfuerzo. La guardan mis padres en su casa mientras yo estoy fuera de misión, y viajo con ella siempre que puedo.

Como mujer, crecí conociendo mis defectos y virtudes, y en el tema hombres nunca me he vuelto a enamorar. El flechazo es una mentira, por mucho que se empeñen en recordármelo en las películas.

En cuanto un civil se entera de que soy militar, sus ganas de conocerme se esfuman, y he acabado por asimilar que tengo que disfrutar del sexo sin más; ¿para qué ilusionarme con algo que nunca sería posible?

Mis ojos pasan por varias fotos hasta que llego a una muy especial en la que estoy en la base aérea de Al-Asad, en Anbar, Irak. En esa imagen de hace algunos años, un grupo de militares estamos disfrutando de la fiesta del Cuatro de Julio. ¡Qué jóvenes éramos! Junto a mí están Ramírez, Steven, Mery, Isabel y Ross: mi equipo. Mi escuadrón. Hombres y mujeres que, como yo, comandaban cazas y disfrutaban de sus trabajos.

Isabel y Ross, sin que nadie lo supiera excepto yo, eran pareja. Se habían enamorado una noche en el campamento mientras veíamos la película *Cartas a Julieta*. Viví el comienzo de su historia de amor y fue muy bonito y divertido, pero lo llevaban en secreto para evitarse problemas con los mandos. Frente a los compañeros, cuando

hablábamos de amor, Ross siempre decía en clave que tenía una Julieta e Isabel, un Romeo. Sorprendentemente nunca nadie imaginó que uno hablaba del otro. Incluso planeaban casarse en secreto en Verona y que yo fuera la madrina. Por ello escribieron una carta de amor que aún conservo sin abrir. En ella le agradecían a Julieta su propia historia de amor, y a mí me pidieron que si les ocurría algo, colgara esa carta en la casa de Julieta, en Verona, acompañada por mi enamorado, algo que les prometí entre risas y que nunca pensé que tendría que cumplir.

Por desgracia esa fue nuestra última foto juntos. Algunos días después, antes de regresar a casa tras pasar cuatro meses en Bagdad, mi escuadrón decidió ir al mercado de Wahilat de Sadr City a hacer unas compras y ese día hubo un atentado suicida con bomba.

¡Ese horrible momento que aún sigue despertándome algunas noches!

En la explosión murieron decenas de personas, entre ellas todos mis compañeros y amigos de escuadrón, a excepción de Ramírez y yo. Los demás estaban esperando a que nosotros regresáramos de comprar unas especias en un puesto callejero. Yo resulté herida. Ramírez también. Solo recuerdo abrir los ojos un momento en un helicóptero mientras era evacuada de Bagdad. El olor, el miedo..., el dolor y el sabor metálico de la sangre hicieron que posteriormente me desmayara, y lo siguiente que recuerdo fue despertarme en un hospital junto a mis padres, mis hermanos y Hattie, rodeada de goteros y tubos por todas partes.

No sabía qué había pasado, por qué estaba allí.

Enterarme de la muerte de mis amigos, de mi escuadrón, de mis hermanos de vida me rompió el corazón. Mi mundo se detuvo. Durante días lloré y lloré. Repasaba una y otra vez en bucle los últimos instantes que había vivido. La calle. El mercado. Las personas que pasaban por nuestro lado... ¿Cómo no nos dimos cuenta de lo que iba a suceder? ¿Por qué había tenido que ocurrirles eso a mis amigos?

Tanto Ramírez como yo necesitamos varias intervenciones para corregir las fracturas que habíamos sufrido en las piernas. En su caso, en ambas. En el mío, en la derecha, además de varios puntos en la cabeza, la barbilla, los hombros, la espalda y el cuello.

Ramírez y yo, que estábamos ingresados en distintos hospitales, tras muchas horas llorando en silencio al teléfono decidimos ser positivos, por nosotros, por nuestras familias, y sobre todo por los amigos que habían perdido la vida en el atentado. Ramírez me prometió incluso que volveríamos a bailar salsa, y eso nos hizo sonreír a ambos por primera vez.

¡Estábamos para bailar salsa...!

Entre mis efectos personales quedó la carta de amor de Ross e Isabel. Un amor secreto como el de Romeo y Julieta que acabó trágicamente. Me dolía la promesa que les había hecho de llevarla a Verona cuando guardé su carta. ¿Cómo podía afrontar aquello? Y entonces decidí guardarla hasta que me encontrara fuerte para cumplirla.

Mi madre y mi tía Karen lo pasaron fatal. Siempre habían temido que algo así nos ocurriera a alguno de la familia y, mira por dónde, a la primera a la que le ocurrió fue a mí. ¡A la niña! ¡Al terremoto!

Mis primos Oliver y John, los SEAL de la familia, se preocuparon mucho por mí. No pudieron venir a verme, pero siempre que podían ambos me llamaban. Al ser militares como yo me entendían mejor que mis hermanos, e, imagino que al notar me tan perdida por lo ocurrido, Oliver me recordó eso que siempre me decía cuando nos íbamos a hacer puéting: que si había que perderle el miedo a algo, que fuera al miedo.

A Ramírez lo cuidaron su familia mexicana y su mujer, Carla. Pobrecita, qué mal lo pasó... Apenas llevaban casados un año cuando ocurrió el accidente, y sin duda le vino grande, aunque demostró tener mucho coraje.

Con el paso de los días Leo y Daniel regresaron a Nueva York y a Memphis. La vida continuaba. Y Max, al vivir en Los Ángeles, fue uno de mis grandes apoyos. Mi hermano no se separó de mí ni un segundo durante mi rehabilitación. No dejó de animarme, de decirme que yo podía con ello, que era la más fuerte de la familia..., y sin duda su presencia y su amor fueron primordiales para mí, aunque a veces me enfadara con él al mirarlo a los ojos y saber que había consumido lo que no debía.

Mi madre me llenó de amor y cuidados en el hospital. Realmente a mamá la palabra *madre* se le queda pequeña. Siempre había

sabido que nos quería a mis hermanos y a mí, pero cuando sentí su completa dedicación hacia mi persona, entendí como nunca que yo era un pedacito grande de su vida y de su corazón. Mi padre también me cuidó; se desvivió por mí. Pero al verme perdida tras lo ocurrido se puso en plan almirante y me animó a volver al escuadrón... ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya!

Eso generó discusiones entre papá y mamá, que pensaban de diferente manera. Sin embargo, mi padre no dejó de insistir. Me decía que yo había luchado mucho para conseguir ser quien era, y, sí, reconozco que su empeño me fortaleció y me ayudó a recuperarme.

Otra que estuvo siempre ahí fue Hattie. Ella era madre y esposa. Su tiempo era limitado, pero siempre encontró un rato para estar conmigo, para decirme que eso lo iba a superar y que pronto volvería a volar en mi avión.

Cuando me dieron de alta en el hospital, como era de esperar, me trasladé con mis padres a su casa, pues no permitieron que me fuera con Max a su caravana. Al no tener casa propia, ¿adónde iba a ir? Entre todos me cuidaron con cariño y amor. Incluso el *Coronel Truman*, el gato, compartió el sofá conmigo. Todo un detalle.

Una tarde mamá y tía Karen se empeñaron en llevarme a un centro comercial a tomar algo para que dejara de leer y ver rugby o boxeo en la televisión. La verdad, a mí no me apetecía mucho. Iba en silla de ruedas, tenía la pierna enyesada y la cara llena de heridas. Sin embargo, por no llevarles la contraria dije que sí y, ¡tacháán!, casualidades de la vida, nos encontramos con Tom, el único novio que yo había tenido, acompañado por su perfecta mujer y sus dos preciosos hijos.

Él al verme se acercó a saludarme sin dudar. Mi aspecto era pésimo, desastroso, mientras que él y su mujer estaban espectaculares.

En sus ojos leí lo que pensaba mientras me miraba. Yo me había convertido en la clase de mujer que él rechazaba. Pero bueno, guardó silencio al respecto y al final se marchó.

Con el tiempo sané de una manera increíble, a pesar de las feas cicatrices que me han quedado en la pierna y en la barbilla, algo que a mí, sinceramente, no me incomoda. Hasta los propios médi-



cos se sorprendieron de mi fuerza de voluntad y mi evolución. Yo quería regresar a mi trabajo cuanto antes, volver a comandar un escuadrón como mi padre me había exigido, y para ello me esforcé al mil por mil.

Para honrar a los fallecidos, tras hablarlo con Ramírez, ambos nos tatuamos seis cazas en formación en el hombro derecho. Siempre que voláramos nuestros hermanos de vida volarían con nosotros.

Tras un periodo de convalecencia de seis meses y veintiséis días en el que hice todo lo imprescindible para curarme y, gracias a Hattie, conseguí no matar a la pesada de mi madre, una semana antes de reincorporarme recibimos la noticia de que mi primo Oliver, sargento mayor de los SEAL, había muerto en Somalia en un fuego cruzado.

Joder..., joder..., joder..., ¡lo que fue aquello!

Saber eso hizo que mi mundo se paralizara de nuevo.

No..., no..., no... Mi primo, mi maravilloso primo Oliver, el mismo con el que me encantaba hacer puénting y caídas libres en barrancos, había muerto en acto de servicio, y asistir a su funeral fue terrible.

Pasar por lo mismo que había vivido meses antes con mis compañeros me destrozó de nuevo el corazón. Ver a mis tíos, a la mujer de Oliver y a mis padres devastados me hizo volver a sentir que vivía sobre una nube que se movía bajo mis pies y que podía desvanecerse en cualquier momento.

Al presenciar el sufrimiento de la joven viuda de Oliver llegué a la conclusión de que estar sola era lo mejor. Mi trabajo, como lo había sido el de él, es jugarse la vida, y la opción más acertada era la soledad. ¿Cómo iba a permitir que un hombre sufriera por mi pérdida y, menos aún, unos hijos?

Ni hablar. Los hijos quedaban descartados de mi vida, y una relación seria y formal, también.

Antes de incorporarme a mi escuadrón pasé nuevamente por el tatuador. Volví a tener la necesidad de dibujarme algo especial para Oliver y para mí, por lo que, bajo los aviones de caza en formación, me tatué la frase que él tanto repetía: «Si hay que perderle el miedo a algo, que sea al miedo».

Finalmente, cuando me reincorporé a mi nuevo escuadrón con Ramírez, prometí a mi familia que sería juiciosa y cautelosa en mis misiones. Aunque lo cierto es que mentí como una bellaca... La desazón por lo vivido me hizo ser más osada que nunca. El miedo no iba a dominar mi vida. Y, para horror de mi padre, en mi hoja de servicio comenzaron a constar partes por desobediencia y por hacer pasaditas frente a las torres de control al volver de una misión.

En los últimos tiempos no he parado de llevar a cabo misiones con mi escuadrón y mi *Lobo* en Irak, Yemen, Siria, Rusia, Kosovo, Bosnia, Somalia, Libia, Ucrania..., lugares donde literalmente nos hemos jugado la vida en muchas ocasiones.

Pero aquí estoy ahora, en el apartamento de mis padres, con la única posesión de una moto, mientras soporto las broncas de mi padre cada vez que lo visito o se pone al teléfono por el incidente con el caza ruso, y sigo afirmando que lo volvería a hacer por Ramírez y por mi escuadrón.

Para matar el tiempo hago todo lo que se me ocurre: he visitado a Daniel en Nueva York y a Leo en Memphis; voy al circuito a hacer *motocross* y me tiro en paracaídas; disfruto con Hattie y los niños; me voy con Max a su pequeña empresa a practicar con sus empleados escenas de riesgo o a tirarnos por barrancos en caída libre; salgo con los amigos de copas. Se puede decir que estoy aprovechando mi tiempo libre al cien por cien.

Todo eso me encanta. Lo disfruto mucho porque nunca tengo tiempo para hacerlo. Pero de lo que más estoy disfrutando es de planear mi viaje a Europa. Volaré hasta España y, desde Madrid, con mi moto haré una ruta hasta Venecia y Verona, y, por supuesto, como Ramírez me dijo que mi escuadrón estará dos días en la base aérea de la OTAN en Aviano, iré a visitarlos. Quiero verlos. Necesito verlos. Sé que estar con ellos responderá a mi pregunta de si voy a regresar con mi escuadrón o, por el contrario, haré de instructora en la base de Los Ángeles y cambiaré de vida.

Oigo sonar el teléfono móvil. Es una videollamada de Hattie.  
—Buenos días —saludo.

Veo que Hattie Whitaker, hija del coronel Brayton Whitaker y mi mejor amiga, por no decir hermana, sonrío. Después de su bo-

nita boda y de tener a sus dos hijos, Lionel y Fabiola, hace tres años que se divorció. Su matrimonio no iba bien y, tras hablarlo con Alfred, se divorciaron de mutuo acuerdo. Ahora se llevan genial, algo que me encanta, pues los adoro a los dos, y a los niños ¡ni te cuento!

Hattie, que siempre fue una loca de la moda, en la actualidad regenta una tienda de ropa en Manhattan Beach. Ella es una morenaza que físicamente se parece muchísimo a la actriz Halle Berry, y la tía es como la cerveza aquella, que triunfa allá a donde va. Me estoy riendo por ello cuando oigo que Hattie dice mirándome a través de la pantalla:

—¿Cómo ha dormido mi teniente hoy?

Sin querer entrar en dramas, respondo con desgana:

—¡Genial...!

Según digo eso, veo que mi amiga sonrío.

—Tienes mala cara, Andy —dice—. Has vuelto a tener la pesadilla, ¿no?

Me río. Es increíble cómo me conoce.

—Te recuerdo que cuando dices «¡genial!» en ese tono es porque no quieres hablar —suelta a continuación.

Asiento sin decir nada.

—Por cierto, ¡preparate! —añade—. Esta noche vamos a hacer una locura.

—¡Me apunto!

Hattie se ríe y yo también.

—Iremos a unas citas a ciegas —termina.

Al oír eso dejo escapar una carcajada y suelto:

—Me desapunto.

Pero ella niega con la cabeza con gesto serio.

—No..., no..., no... Guapa, ¡tú te vienes conmigo sí o sí!

—Joder, Hattie —protesto—. Sabes que no me van esos rollos.

Como era de esperar, ella da sus explicaciones. Yo le doy las mías, y al final, divertida por el énfasis que le pone al tema, y sobre todo porque a ella no puedo decirle que no, cedo.

—Vale..., vale... ¡Iré!

Hattie, que está en su tienda, aplaude feliz.

—Según me han contado —cuchichea a continuación—, son

citas de media hora en las que no puedes ver a la persona que hay al otro lado ni dar información de ti ni de cómo eres, pero sí hablar.

—Hattieeeeeee...

—¡Cállate! —me regaña, y prosigue—: Después de esa media hora pasas a la siguiente, y así hasta completar cuatro citas. Y si a final del juego quieres conocer a alguno o alguno quiere conocerte a ti, solo hay que apuntarlo en un papel ¡y la magia se hace realidad!

Suspiro. No creo en la magia, y menos en la magia de ese tipo, pero como no tengo otra cosa mejor que hacer, respondo:

—Está bien, pesada.

Hattie da saltitos de felicidad y yo la observo con una sonrisa.

—Para mañana, viernes, también tenemos planes —dice luego.

—¿Ah, sí? —me mofo.

Hattie asiente.

—Andy, quiero aprovechar a tope el tiempo que estés en California. Por tanto, no hay más que hablar. Hoy iremos a las citas a ciegas y mañana a una fiesta. Una de mis mejores clientas, la actriz Rina Capriacelo, me ha regalado dos invitaciones para un fiestorro increíble donde habrá mucha gente guapa e interesante.

—Woooo... —me burlo—, cuando dices eso es porque será gente tonta y superficial.

—¡Andyyyyyy!

Me río. No lo puedo remediar. Las personas con las que Hattie se codea a raíz de su trabajo no tienen nada que ver con las del ejército.

—Hora y punto de encuentro para hoy —pido divertida.

Oigo la risa de Hattie. Mi lado militar siempre sale por algún sitio.

—Hoy, a las siete en Rampox —dice.

—¡Vale!

—Y mañana a las nueve en Boardner's.

—¡Oído!

—La fiesta de mañana se llama «A la playa y de blanco», por lo que hay que ir de ese color. ¿Tienes algo blanco?

Pienso a toda prisa. Mi armario no es el mejor, pues me he pasado media vida vestida de caqui.

—Si no tienes nada, pásate por la tienda —oigo que dice entonces—. Hay unos vestidos que...

—Tranqui, que algo tengo.

Hattie asiente y luego pregunta:

—¿Sabes dónde está Boardner's? Allí es la fiesta de mañana.

—¡Ni idea!

Ella se ríe y me explica cómo llegar.

—OK —afirmo—. Está en la avenida Cherokee.

—¡Será genial! —señala Hattie.

Asiento y, levantándome de la cama para dirigirme al baño, indico:

—¡Nos vemos esta tarde a las siete en la puerta de Rampox!

Una vez que la comunicación se corta me dispongo a darme una ducha, pero recibo un mensaje de mi madre y rápidamente le contesto. La mujer me escribe todos los días y me llama por teléfono un par de veces por semana para saber de mí. No quiere agobiarme. Con mi padre ya tengo bastante.

Lo cierto es que creo que ella todavía fantasea con que encuentre el amor. Según mi madre, soy preciosa, algo ruda, pero un buen partido. Según yo, soy muy bruta, y para nada un buen partido. Según ella, el que sea militar no es un obstáculo para el amor, puesto que mi padre lo encontró. Según yo, ¡paso de pensarlo!

En fin..., si es feliz imaginando que voy a encontrar el amor, ¿quién soy yo para acabar con su felicidad?

En cuanto le escribo a mi madre y le hablo de mis planes con Hattie para que se alegre, voy hacia la minicocina —porque en el apartamento todo es mini— para tomarme un café. Necesito un café.

Mientras lo preparo pongo la radio para oír música, algo que me encanta. Empieza a sonar una canción que el locutor dice que se titula *Por el resto de tu vida* y que cantan Tini y Christian Nodal. Anda, mira, ¡esta no la conocía! Y es que yo soy más de Miley Cyrus, mi cantante preferida.

Escucho la canción sentada en una silla y sonrío al oír eso de que el amor solo pasa una vez en la vida. Sinceramente, creo que debe de ser así, pues desde que me enamoré de Tom, siendo una cría, nunca nadie ha hecho que volviera a sentir dentro de mi estó-

mago los misiles Tomahawk. Eso que la gente llama finolismamente «maripositas».

Encantada, escucho la canción, que es dulce y romántica, y sonrío cuando mencionan mi película preferida, *Coco*. ¡Me gustó muchísimo esa peli porque me llegó al corazón!

Cuando me acabo el café y termina la canción, apago la radio y me dirijo al minúsculo baño. Voy a ducharme. Allí busco en mi teléfono móvil mis listas de Spotify y, tras mirar la que tengo de mi maravillosa Miley Cyrus, decido poner primero la canción *Hopelessly Devoted to You*, de Olivia Newton-John.

Aiss..., qué penita el día que me enteré de su muerte. Olivia era un icono para muchos de nosotros. ¿Quién no se ha enamorado de Sandy en la película *Grease*?

Suenan los primeros acordes y no puedo evitar sonreír. Esta canción tan increíblemente romántica es muy especial para mí. No porque crea en el amor, ni porque me recuerde a nadie. Esta canción es especial porque, junto a mis hermanos de vida, la hemos cantado a voz en grito muchas muchas muchas noches en las cantinas militares en las que nos ha pillado. Cantarla es como un himno, es como acercarnos a casa y a nuestras familias. Y eso siempre es importante para todos nosotros.